

# Una voz en el desierto

por Robert Edward Gurney

Middlesex Polytechnic, London

Trad.: J. M. Gereñu)

*(Extractos de un próximo libro)*

Sorprendía a varios amigos de Larrea que este pareciera un místico. Luis Buñuel, íntimo amigo suyo en el exilio de México en los cuarenta, estaba tan asombrado con esta apariencia suya que le ofreció el papel de un místico en una de sus películas, oferta que Larrea declinó cordialmente. Las fotografías de Larrea no siempre reflejan este aspecto suyo.

La primera impresión al conocer a Larrea era la de una persona amable y hospitalaria, aunque más bien retraída, muy atenta a lo que se decía y deseosa de acomodarse a tus planes, una vez había aceptado reunirse contigo, pues tenía la reputación de ser el más evasivo de los hombres, casi un recluso. Uno recuerda la broma que se desarrolló en los años 20, 30 y posteriores, de que Larrea no existía sino que era un seudónimo que Gerardo Diego utilizaba al publicar su poesía más aventurada y moderna.

El retraimiento de Larrea, junto con su negativa a ver la literatura como una actividad social o profesional, le condujo a evitar casi totalmente los círculos literarios madrileños. Varias anécdotas ilustran su desinterés por relacionarse con dichos círculos. En una ocasión, Gerardo Diego le llevó a casa de Juan Ramón Jiménez -tras arrastrar prácticamente a Larrea allí con la intención de presentar a ambos poetas- sólo para encontrarse con que Larrea, vencido por la timidez, no entró. En muchas ocasiones Diego pediría a Larrea que le acompañara a tertulias literarias. Larrea rehusaría. Lorca, un año antes de su asesinato en 1936, urgió a Diego para que arreglara un encuentro con Larrea, diciendo que era "una vergüenza" que no se conocieran. (Según Larrea, Prados le contó que Lorca le había dicho al leer poesía de Larrea, "¿No encuentras esto surrealista, Emilio?") El encuentro entre Larrea y Lorca tuvo lugar en un café de la Calle de Alcalá en Madrid. Diego estaba presente también. Duró menos de una hora, interrumpido por Larrea, turbado por el extremo nerviosismo de Lorca y las constantes contracciones de sus manos. Larrea nunca conoció a Alberti, aunque le vio una vez en la Granja del Henar y estuvo presente en un recital de poesía que Alberti dio en París, en el que este, para intenso embarazo de Larrea, pasó gran parte del tiempo trinando como un pájaro. Cuando Alberti trató de iniciar una correspondencia con él, Larrea no respondió.

Entre los amigos más íntimos de Larrea estaban Vallejo, Diego y Huidobro, Lipchitz, Gris y Picasso, León Felipe, Bergamin y Prados, Tzara y Buñuel. Muchos de sus amigos procedían de otros modos de vida o estaban conectados sólo marginalmente con la literatura y las artes, como el Antonio Riquelme que, como una broma, tuvo un poema en la revista *Favorables París Poema* (1926) de Larrea y Vallejo.



textos selecciona-

A menos que las amistades llegaran naturalmente o como resultado de la suerte, Larrea no necesitó, ni quiso en realidad la compañía de otros miembros de la Generación del 27. Se sentía claramente en desacuerdo con la Generación en su actitud acerca de la poesía. Su revista de 1926, *Favorables*, fue en buena medida un reto a los valores, modas y estilos dominantes. No buscó a otros miembros de la Generación. Fueron ellos los que le buscaron. Si querían reunirse con él tenían que ir a él o convencer a Gerardo Diego de que conviniera un encuentro: Jorge Guillen, por ejemplo, lo buscó en 1923/4 en su puesto de trabajo en el Archivo Histórico Nacional. El único poeta español cuya presencia gozaba Larrea era Gerardo Diego. El trabajo de Larrea en el Archivo terminaba para el mediodía. En la primera mitad de los veinte él y Diego pasaban la tarde paseando por Madrid, intercambiando ideas acerca de la poesía y, en lo que concernía a Larrea, evitando las tertulias literarias.

El retraimiento de Larrea desaparecía pronto una vez se le conocía. Me encontré con que una vez ganada su confianza, era capaz de revelar facetas de sí mismo, de su pasado y de sus problemas que pocos se atrevían a discutir con un relativo extraño. Cuando le conocí en Córdoba (Argentina) en 1972 habíamos intercambiado cartas desde mediados de 1969, aunque comencé a estudiar su poesía un año antes. Tenía 77 años, yo 33. Era como si quisiera ahora "*poner las cosas en claro*". Desnudó su alma y, creo, habló por primera vez acerca de su poesía. Tenía una memoria increíblemente buena, era capaz de recordar fechas y hechos, libros y sus autores en gran detalle y podía recitar de memoria poemas que había escrito más de medio siglo antes.

Era un hombre extremadamente cortés. Inmediatamente de conocerle se tenía la impresión de una persona muy "*bien educada*". Irónicamente, cuando le pregunté por qué no había contestado la carta de Alberti, contestó: "*Falta de educación.*"



Juan Larrea


Era un hombre de notable sofisticación intelectual y artística que tenía, por ejemplo, una reputación como crítico de arte, arqueólogo, etnólogo y pensador religioso original. Su falta de ortodoxia no caía bien en algunos círculos. Es bien conocida su obra acerca del *Guernica* de Picasso, que vio pintar a su amigo. Incidentalmente, lo primero que llamaba la atención al penetrar en el recibidor de su villa en Córdoba era una gran reproducción del *Guernica* de Picasso.


Esa sofisticación de pensamiento y gusto conformaba su habla como sus movimientos, que eran discretamente elegantes y que enmascaraban una espiritualidad que él mismo -y aquí yo disenta- veía como producto de una "*inadaptación à la vie*". Si Larrea era un "*inadapté à la vie*" -él proclamaba que siempre lo había sido y siempre lo sería- lo son la mayoría de los hombres, pues hi-


zo mucho más "*en este mundo*" que la mayoría. Sus periodos de retiro místico, durante los cuales estaría en su cumbre creativa como pensador y escritor, fueran largos o cortos eran seguidos inevitablemente de un fértil "*regreso al mundo*". Gran parte de su inspiración, al menos cuando yo le conocí, procedía de un acto de reflexión diario sobre cuestiones relativas, por ejemplo, a su propia experiencia o a un suceso histórico, en que intentaba entender todos los factores implicados en dichas cuestiones. Gran parte de su inspiración procedía de esos actos de meditación diurnos o nocturnos que él llamaba *objetivaciones*. Su tema podía ser cualquiera, histórico, religioso, artístico. Le recuerdo diciendo en una ocasión que había estado pensando sobre una pregunta que le hice el día anterior acerca de su visión de los orígenes de la vanguardia española.

# librería herriak

Licenciado Poza, 11 - 48008 BILBAO

**Planta calle**  literatura  
libro vasco  
944 32 49 21 ensayo literario  
lingüística - diccionarios  
filosofía - cultura clásica  
derecho - política  
historia - geografía  
sociología - antropología  
ciencias de la información  
bellas artes  
libro infantil - juvenil

**Planta alta**  medicina - enfermería  
psicología  
944 43 48 07 pedagogía  
educación física y deportes

**Planta baja**  informática  
economía - empresa  
944 43 47 08 ciencias naturales - ecología  
matemáticas - física - química  
filosofía de la ciencia  
agricultura

Procedió entonces a describir dichos orígenes trazando las interconexiones, el tramado total de relaciones entre un movimiento y otro, cubismo, dadaísmo, futurismo, auguralismo, ultraísmo, creacionismo, surrealismo y demás, junto con las principales figuras, de un modo que difería de la opinión de Videla y que era muy convincente. Uno lamentaba que le fuera difícil mecanografiar lo suficientemente deprisa como para plasmar esas "visiones" de la realidad en el papel. La costumbre se desarrolló evidentemente escribiendo su diario (*Orbe*) entre 1926 y 1934, pero tenía sus raíces en los largos e intensos rezos de su juventud en Bilbao. Gerardo Diego describió la fe de Larrea como mucho más profunda e intensa que la suya propia durante sus días juntos en Deusto. Las doscientas horas de entrevistas con Larrea que anoté en 1972 fueron claramente alimentadas por *objetivaciones* diarias.

Hablamos casi siempre en francés, a veces en español, raramente en inglés. Su francés era excelente. Usar el francés permitía tomar copiosas notas, pues lo hablaba más despacio que el español (que hablaba con extrema rapidez) Su mujer, Marguerite Aubry, "Guite" como él la llamaba, era francesa. Era una mujer muy bella y, decía Larrea, podía ser tomada por una modelo. La evidencia sugiere que ella encontró difícil competir con los estudios altamente especializados e intelectuales de Larrea. El francés fue la lengua que usaron juntos de 1929

a 1947, cuando Guite le dejó a él y a sus hijos por otro hombre, dejando que su marido criara a sus hijos por sí mismo. Así es como Larrea me describió su marcha en 1972. Describió su matrimonio como caracterizado por la transparencia y la claridad, libre de engaños, hasta el momento en que ella le dejó en México. Cuando le pregunté si ella vivía aún, quedó en silencio, con los ojos llenándose de lágrimas.

Las ropas de Larrea eran simples y convencionales, elegidas, sospechamos, a partir de una preferencia por la discreción en público (compensada, puede argüirse, por el hiper-individualismo en privado) Vestía grises, marrones, azules y negros apagados, con una boina vasca frecuentemente puesta o bajo el brazo, incluso en casa, hasta tal punto parte de su identidad que uno dejaba de ser consciente de que la llevaba. Era, parecía a menudo, el vasco arquetípico. Su capacidad para el trabajo a los setenta y ochenta años, cuando yo le conocí, era fenomenal. (En los años setenta trabajaba con enorme energía e imaginación en una edición crítica de la poesía de Vallejo, terminando la primera versión de los dos volúmenes en diciembre de 1976) No sintiendo el frío (nuestras charlas diarias en Córdoba eran a menudo precedidas por delicadas negociaciones que yo iniciaba sobre el encendido de un fuego de leña en su amplia y fría biblioteca), a menudo trabajaba hasta las primeras horas de la madrugada, sólo para estar levantado de nuevo al amanecer, para escribir y meditar. Se negaba a aceptar que nada en la historia careciera de sentido y se esforzaba en sus *objetivaciones* con los problemas, yendo más y más atrás, vertiginosamente, hacia las causas, en un intento de encontrar sentido a lo aparentemente carente de él.

Gerardo Diego recuerda los ojos de Larrea como su rasgo más característico. "*Clarividente, siempre clarividente*", así lo veía Diego cuando eran jóvenes. Es un adjetivo que siempre usa en torno a su amigo (incluso aunque era incapaz de compartir el total y contagioso optimismo de Larrea acerca del futuro), el amigo del cual fue tan trágicamente alejado por la Guerra Civil y a quien yo tuve la suficiente fortuna de ayudar a

unir quizás, en una pequeña medida, como una tercera parte, transmitiendo mensajes, durante la preparación de *La poesía de Juan Larrea* (Bilbao, 1985) Para Gerardo Diego, cuando era joven, los ojos de Larrea eran grandes y penetrantes, como si buscaran abrirse paso más allá del velo de las apariencias. Realmente, la fotografía de Larrea en la biografía de Diego de Gallego Moreli muestra que los ojos de Larrea deben haber sido bastante enervantes. En 1972 esta mirada penetrante había sido reemplazada por la benevolencia, el humor y la tristeza. Larrea había vivido muchas tragedias en su vida. Sus ojos castaños oscuros, alertas e interrogantes, bajo una espaciosa frente a menudo parecían fijos en un punto encima y más allá del horizonte.

En 1972 era alto, delgado y erguido. La barba completa sólo había crecido en sus últimos años. Su energía no conocía límites. Era, simplemente, la de un joven. En lugar de perder vitalidad, fuerza, entusiasmos y optimismo con el paso de los años. Larrea invirtió el proceso normal, superando el pesimismo y falta de resolución de su adolescencia. Nuestra conversación, que a veces continuaba hasta primeras horas de la mañana, con breves descansos para comer, a veces me dejaba exhausto, pero no a Larrea. Su vida en Córdoba no era fácil. Desde 1961 había sido gobernada por las necesidades de su vigoroso y, como todos los niños normales, exigente nieto, Vicente, cuyos padres, la hija de Larrea y su marido Gilbert Luy, murieron en accidente aéreo en Sao Paulo ese año, antes del primer cumpleaños de Vicente. Larrea mismo estuvo entre las cenizas y restos del avión siniestrado. Cuando le conocí en 1972, tenía que hacer de padre y madre, así como abuelo, para Vicente, de 13 años de edad, cuyo amor y afecto eran evidentemente de gran importancia para él. Nuestras conversaciones estaban puntuadas por viajes en el viejo Renault de Larrea a Cultura Británica de Córdoba donde Vicente estudiaba inglés (una tarea a la que Larrea daba gran importancia), al club de deportes local donde Vicente jugaba al tenis, dedicándole Larrea toda su atención mientras estaba en la pista, o por periodos en la cocina preparando



comida siempre que la errática criada de Larrea, "La Gorda", como la llamaba Vicente, había decidido ausentarse.

Larrea fue siempre un hombre valiente. Desde su llegada a Córdoba en 1956 para dar lecciones de Historia de las Ideas su persona y su filosofía no materialista se convirtieron en blanco de la izquierda, un irónico giro de los acontecimientos pues fue blanco de los ataques de la derecha durante y después de la Guerra Civil. El coraje "del buen vasco" que mostraba en sus contraataques cuando otros trataban de destituirlo era legendario. Luego llegó la cruel purga de la izquierda en Argentina, que eliminó algo la presión sobre él. La imagen final que queda es la de un hombre solitario con algunos buenos amigos, Waysman, Villar, Obarrio y, claro esta, Vicente y, desde lejos, Castañón, Poggi, Bravo y luego, de nuevo, Gerardo Diego y, quiero pensar, yo mismo. Un puñado de amigos permaneció con él para compartir sus visiones de un nuevo mundo, nue-

vo mundo que él había esperado originariamente -una intensa esperanza amaneciera en España en los años treinta. Latinoamérica era la última beneficiaria de su idealismo. La visión de Larrea de un nuevo mundo del Espíritu había caído en oídos sordos. El era consciente de esto y en su última carta a Uruguay González Poggi revela: "No hay nadie a quien le importe esto un comino, pero en realidad es maravilloso." (Reproducida en *Paysandu*, 1981, pag. 32). El poeta argentino Felipe Daniel Obarrio, en su poema *Juan Larrea* en *Himnos a las puertas del fin* (Editorial Plus Ultra, 1976) describe la visión del idealista cuya voz se ha perdido en el desierto:

*"Juan Larrea montado en Pegaso ce-  
/ leste  
predica en el desierto, sin que nadie  
/ conteste"*

textos selecciona-

(Del número 0 de Zurgai, "Juan Larrea", Junio de 1985)